

## Letter of Presentation to the Archaeological Community

Michael Schiffer<sup>1</sup>

December 2018.

Archaeology is more than an occupation or profession. It is a calling. I received the call as an undergraduate student at UCLA during the late 1960s. There I attended classes taught by Lewis R. Binford, Sally R. Binford, and James N. Hill. These great teachers inspired me to devote my professional life to the understanding of past human behavior by studying the material culture that survives. As a graduate student at the University of Arizona, I charted a path to learn more about the process of archaeological inference, which led to my early work on the formation processes of the archaeological record.

I was fortunate to be in Arizona's Department of Anthropology at that time because I was just one of many young archaeology students who wanted to make their mark on the discipline by doing good works. We graduate students became a close-knit community, sharing ideas, reading and criticizing each other's papers, and socializing away from campus. We eventually came to believe—and I still believe—that we learned more from each other than we did from our professors.

---

<sup>1</sup> Fundador y exponente de la arqueología conductual, publicando las bases en 1976 en su libro *Arqueología del comportamiento*. Una de sus más interesantes propuestas, es el énfasis en el registro de aspectos culturales y no culturales para estudiar los procesos de formación del registro arqueológico, y en 1972 propuso su cadena conductual. También es de los primeros arqueólogos que promueven acciones para la gestión de recursos culturales. En 1977 funda el Laboratorio de Tecnología Tradicional de la Universidad de Arizona impulsando experimentos para conocer las características tecnofuncionales de distintos artefactos. En 2011 analiza tecnologías modernas y modernas tempranas. En 2014 se retiró, pero sigue contribuyendo en investigaciones con el Centro Lemelson del Museo Nacional de Historia de los Estados Unidos y con el Instituto Smithsonian.

Very early on I became interested in publication. I volunteered to become a junior editor of *The Kiva*, a journal devoted to the archaeology of the American Southwest. During my brief time on the staff of *The Kiva*, I learned about how an author's typewritten manuscript is transformed into a published article. After a submission had been peer-reviewed and accepted, we copy-edited it, correcting spelling and grammatical errors, pointing out inconsistencies in arguments and data, and inserting guidance to the printer. In the next step of the publication process, the printer typeset the manuscript and sent us "galley proofs," 40-cm-long sheets of paper that carried the first impressions of the printed article. We diligently corrected the galley proofs and mailed them back to the printer, anxiously awaiting the next package which would contain the page proofs. Page proofs were like the actual pages of the article and included tables and illustrations. Reading the page proofs, which the author also received and corrected, allowed us to ensure that the printer had corrected the earlier errors. These steps made for a long and tedious process, but that's what it took to publish an article back then. Now, computers are employed at every stage of a much streamlined process, but we should exert the same amount of care to ensure that our articles are as error-free as possible.

*The Kiva* was a semi-professional journal that considered—and sometimes published—articles written by graduate students. In fact, while still in graduate school, but no longer on the staff of *The Kiva*, I published my first theoretical article: "Cultural Laws and the Reconstruction of Past Lifeways" in 1972. Graduate students had access to a second journal at Arizona: *The Atlatl*. In fact, graduate students wrote, edited, and published *The Atlatl*. In 1971, I published a brief overview of the previous summer's fieldwork in east-central Arizona, undertaken as part of the Field Museum's Southwestern Expedition. In the early 1970s, *The Atlatl* looked more like a newsletter than a journal, but it gave us publishing and editing opportunities. *The Atlatl* eventually became the *Arizona Anthropologist* and is still being published by graduate students at Arizona. Now, however, it looks like a professional journal and sometimes includes contributions by faculty members, as in my 2015 obituary of William L. Rathje, father of garbageology.

As many scientists—including archaeologists—have opined, unpublished work is no different from work never done. To that I would add a corollary: leave no good work



Revista Chicomoztoc, Vol. 1. No. 1. Enero – junio 2019

unpublished. Graduate students may be reluctant to publish at first because they lack confidence or are afraid of receiving criticism and rejection. Confidence is gained by sharing your work with others before publication. Early feedback is essential for helping the author to shape the presentation and shore up any weaknesses in evidence and arguments. One piece of advice I gave to my graduate students was as follows: even if your work is criticized, don't lose faith in your own ideas, and continue to improve it. Over time, your fear of criticism and rejection will gradually give way as you develop a "think skin" so that you won't take criticism personally. Of course criticism stings, but the proper response is to consider every legitimate point the critic raises, and revise your paper accordingly.

So, my friends the publication of the new journal *Revista Chicomoztoc* furnishes you—students and professionals—opportunities to contribute to the growth of archaeological knowledge. Only in publications can one bring to fruition countless hours spent on fieldwork and analysis. To be an archaeologist, to achieve the full measure of our calling, is to be a published author.

## Carta de Presentación a la Comunidad arqueológica<sup>2</sup>

Diciembre 2018

La arqueología es más que una ocupación o profesión. Es una vocación. Recibí el llamado de estudiante de pregrado en UCLA a fines de los años sesenta. Allí asistí a clases impartidas por Lewis R. Binford, Sally R. Binford y James N. Hill. Estos grandes maestros me inspiraron a dedicar mi vida profesional a la comprensión del comportamiento humano pasado mediante el estudio de la cultura material que sobrevive. Como estudiante de posgrado en la Universidad de Arizona, hice un recorrido para aprender más sobre el proceso de inferencia arqueológica, lo que me llevó a mi primer trabajo sobre los procesos de formación del registro arqueológico.

Tuve la suerte de estar en el Departamento de Antropología de Arizona en ese momento porque era uno de los muchos jóvenes estudiantes de arqueología que querían dejar su huella en la disciplina haciendo buenas obras. Los estudiantes graduados nos convertimos en una comunidad unida, compartiendo ideas, leyendo y criticando los papeles de los demás, y socializando fuera del campus. Eventualmente llegamos a creer, y sigo creyendo, que aprendimos más el uno del otro que de nuestros profesores.

Muy pronto me interesé en la publicación. Me ofrecí para convertirme en un editor junior de *The Kiva*, una revista dedicada a la arqueología del suroeste de Estados Unidos. Durante mi breve tiempo en el personal de *The Kiva*, me enteré de cómo el manuscrito escrito a máquina de un autor se transforma en un artículo publicado. Después de que una presentación hubiera sido revisada y aceptada por colegas, la corregimos, corregimos errores ortográficos y gramaticales, señalamos inconsistencias en los argumentos y datos e insertamos orientación en la impresora. En el siguiente paso del proceso de publicación, la impresora imprimió el manuscrito y nos envió "galeras de prueba", hojas de papel de 40 cm de largo que llevaron las primeras impresiones del artículo impreso. Corregimos diligentemente las pruebas de galeras y las enviamos de vuelta a la impresora, esperando ansiosamente el próximo paquete que contendría las pruebas de la página. Las pruebas de

---

<sup>2</sup> Traducción por Dra. Adriana Macías Madero, Directora Editorial de la Revista Chicomoztoc.

página eran como las páginas reales del artículo e incluían tablas e ilustraciones. La lectura de las pruebas de la página, que el autor también recibió y corrigió, nos permitió asegurarnos de que la impresora había corregido los errores anteriores. Estos pasos se convirtieron en un proceso largo y tedioso, pero eso es lo que se necesita para publicar un artículo en ese entonces. Ahora, las computadoras se emplean en todas las etapas de un proceso muy simplificado, pero debemos ejercer la misma cantidad de cuidado para garantizar que nuestros artículos estén tan libres de errores como sea posible.

*The Kiva* era una revista semiprofesional que consideraba, y en ocasiones publicaba, artículos escritos por estudiantes graduados. De hecho, mientras estaba en la escuela de posgrado, pero ya no estaba en el personal de *The Kiva*, publiqué mi primer artículo teórico: "Leyes culturales y la reconstrucción de vidas pasadas" en 1972. Los estudiantes graduados tuvieron acceso a una segunda revista en Arizona: *The Atlatl*. De hecho, los estudiantes graduados escribieron, editaron y publicaron *The Atlatl*. En 1971, publiqué una breve descripción del trabajo de campo del verano anterior en el centro-este de Arizona, realizado como parte de la Expedición al Suroeste del *Field Museum*. A principios de la década de 1970, *The Atlatl* parecía más un boletín informativo que una revista, pero nos dio oportunidades de publicación y edición. *The Atlatl* eventualmente se convirtió en el antropólogo de Arizona y aún está siendo publicado por estudiantes graduados en Arizona. Ahora, sin embargo, parece un diario profesional y, a veces, incluye contribuciones de miembros de la facultad, como en mi obituario de 2015 de William L. Rathje, padre de la garbología (geología).

Como han opinado muchos científicos, incluidos los arqueólogos, el trabajo no publicado no es diferente del trabajo nunca realizado. A eso le añadiría un corolario: no dejar ningún buen trabajo sin publicar. Los estudiantes de posgrado pueden ser reacios a publicar al principio porque carecen de confianza o tienen miedo de recibir críticas y rechazo. La confianza se gana al compartir su trabajo con otros antes de la publicación.

La retroalimentación temprana es esencial para ayudar al autor a dar forma a la presentación y reforzar cualquier debilidad en la evidencia y los argumentos. Un consejo que

les di a mis estudiantes graduados fue el siguiente: incluso si su trabajo es criticado, no pierda la fe en sus propias ideas y continúe mejorándolo. Con el tiempo, su miedo a la crítica y el rechazo se irán disipando gradualmente a medida que desarrolle un "pensamiento" para que no tome las críticas personalmente. Por supuesto, las críticas son importantes, pero la respuesta adecuada es considerar todos los puntos legítimos que el crítico plantea, y revisar su documento en consecuencia.

Entonces, mis amigos de la Universidad Autónoma de Zacatecas, la publicación de la Revista Chicomoztoc les brinda a ustedes, estudiantes y profesionales, oportunidades para contribuir al crecimiento del conocimiento arqueológico. Solo en publicaciones se pueden llevar a cabo innumerables horas dedicadas al trabajo de campo y al análisis. Ser un arqueólogo, lograr la medida completa de nuestro llamado, es ser un autor publicado.